

Los samaritanos: pasado y presente

El 'buen samaritano' mencionado en Lc 10,25-27 ha llegado a ser un concepto en dondequiera que el Nuevo Testamento ha arraigado en la cultura local. Muchas personas también están familiarizadas con la historia de la 'mujer samaritana' en Sicar, que desempeña importante papel en una de las tradiciones del Nuevo Testamento acerca de Jesús (Jn 4,1-42). Sin embargo, no todos advertirán que no son meras figuras literarias, sino que de hecho representan un específico grupo de antiguos israelitas que ostentan una larga historia como nación y que han pervivido como comunidad religiosa hasta nuestros días.

En tiempos recientes los samaritanos atraen de nuevo el interés de quien sigue su desarrollo en el Oriente próximo. Aunque la comunidad samaritana es reducida se ha concedido un desproporcionado espacio, tanto en publicaciones populares como en disquisiciones académicas, para dar cuenta de su historia y teología, de su lengua y liturgia. Antes de la guerra de los Seis Días, en 1967, la comunidad estaba dividida en dos sectores con poca comunicación entre ambos. El grupo más antiguo e históricamente más importante vivía, y continúa viviendo, en la ciudad de Nablus, que es la pronunciación árabe del nombre latino 'Neapolis', cerca de Sikem, en el valle situado entre los montes gemelos de Ebal y Gerizim. El número de miembros de esta comunidad es aproximadamente de 260 almas. El otro grupo, con casi 200 miembros, vive en Holón, al Sur de Tel-Aviv, en un lugar especial llamado en hebreo 'moderno *Sikún ha-Somronim*'. Los 460 componentes de estos dos grupos constituyen sin duda la minoría étnica más importante en el mundo moderno. Sólo por este hecho habría aumentado el interés de antropólogos, sociólogos y de-

mógrafos, que podrían estudiar aquí el proceso social en su marco natural. En efecto, no hay otro grupo étnico-religioso cuyo desarrollo interno y relaciones externas se presenten de forma tan compacta: la endogamia, los problemas de aculturación y la implacable lucha de una minoría religiosa en defensa de su identidad pueden ser observados en este diminuto grupo a través de una lupa. Y quizá porque la microsociología y la microantropología parecen haber perdido sus macrocompetidores, un completo proyecto de investigación en las actuales condiciones de la comunidad samaritana y su perspectiva para el futuro continúa como un *desideratum* *.

Un riguroso examen de esta comunidad ofrece especial interés para los estudiantes de teología y de religiones comparadas. A los samaritanos se les puede considerar como extremos aislacionistas religiosos, cuya vida personal y comunal es modelada por la tradición en su más alto grado; como un retoño del judaísmo bíblico, de cuyo desarrollo parece haberse parado hace dos mil años, proporcionan un vislumbre del antiguo judaísmo prerabínico, sus principios y formas de vida: el ritual samaritano y las creencias religiosas petrificadas —de lo que tanto se habla— en los principios de la era cristiana. Desde esa época se ha producido escasa innovación en el pensamiento, en la literatura y en la organización de su vida comunitaria. Pero es precisamente aquí en donde el estudiante de la historia de los judíos y de la religión judía percibirá el valor de un examen de la historia y de la religión samaritana.

Permítaseme referirme brevemente a la situación que existía en la comunidad antes de la guerra de 1967. A causa de sus diferentes entornos, los componentes de la comunidad samaritana de Sikem/Nablus y de Holón fueron distinguidos en muchos aspectos. Bajo el mando islámico de turcos y árabes los samaritanos de Sikem vivieron en virtual reclusión, impuesta por la mayoría de sus circunvecinos. Con terminología sociológica de Max Weber, constituyeron, en el sentido más auténtico de la palabra, 'un pueblo paria': fueron confinados a lugares especiales,

(*) Vid. Batsheva Bonn , 'The Samaritans: A Demographic Study', *Human Biology*, XXX, 1, pp. 61-89, y las obras allí citadas.

réplica en pequeña escala del típico *ghetto* de la Europa medieval. Este *ghetto* como estilo de vida no fue, sin embargo, un acto de fuerza contra los samaritanos por una mayoría adversa. Como sucedió con las juderías medievales fue, en gran medida, una obstinación. El aislamiento ecológico salvaguardó a la comunidad de las incursiones del exterior y reforzó la cohesión interna. La concentración de todos los miembros del grupo en un pequeño espacio les permitió mantener su identidad social y religiosa a través de siglos a pesar de su reducido número. Ello también ayudó a cuidar con ternura el mínimo requerido de las instituciones comunitarias: una sinagoga (*kinsah*), una escuela y un sistema interno de jurisprudencia. Por otra parte, esas instituciones engrandecieron la tenacidad de los samaritanos conservando su exclusiva religión durante muchos siglos, por encima de todos los propósitos e intenciones, en una forma pura.

En contraste con los de Sikem, los samaritanos de Israel mantuvieron estrechas relaciones con sus vecinos los judíos. Su historia local se remonta hacia 1920, cuando unas pocas familias samaritanas dejaron Sikem para asentarse en un lugar entre la entonces preponderante ciudad árabe de Jaffa y la recién fundada ciudad judía de Tel-Aviv. Su número, de cuarenta a cincuenta miembros de varias familias, permaneció casi estático hasta 1948. Después del establecimiento del Estado de Israel en ese año, otras familias samaritanas decidieron abandonar Sikem, la cual, como parte de la orilla occidental del Jordán, fue entonces anexionada al Reino Hachemita de Jordania, juntándose en Israel sus correligionarios. Pronto llegaron a ser ciudadanos de pleno derecho en el nuevo Estado, y rápidamente se integraron en su vida política, social y económica. Aunque insistieron en mantener su identidad religiosa —y en verdad tuvieron éxito en su empeño— gradualmente de adaptaron al modo de vida de una moderna sociedad occidentalizada. El proceso de aculturación afectó primordialmente a la generación más joven. Sin embargo, no dio resultado, al menos hasta ahora, en la asimilación religiosa.

Una visita a los samaritanos de Holón o de Sikem revela que, en apariencia, difieren muy poco de sus respectivos

vecinos: en la forma de vestir, hábitos de vida e idioma han adoptado, en lo más importante, las costumbres de la gente que les rodea. Sin embargo, después de mirar con detenimiento sus viviendas, por ejemplo, se comienza a descubrir notables diferencias entre los samaritanos y los árabes o judíos. La interpretación samaritana del mandamiento del Pentateuco referente a la *mezuzah* difiere al desarrollado en el judaísmo: en lugar de pegar a la jamba un pequeño receptáculo conteniendo un trozo de pergamino en el que están escritos dos pasajes del Pentateuco —como es la práctica judía—, los samaritanos colocan simplemente una tablilla de piedra cerca de la jamba, en la cual es grabada una versión resumida de los Diez Mandamientos. A veces se limitan a pintar unas pocas letras con caracteres hebreo-samaritanos en la pared próxima a la puerta.

En esta primitiva y directa forma de observar una ley del Pentateuco hay un rasgo fundamental que diferencia a los samaritanos y a los judíos. Ambas religiones obtienen sus leyes rituales básicas del Pentateuco, pero téngase en cuenta que para la Sinagoga el Pentateuco es sólo parte del sacrosanto y tripartito canon de las Escrituras, mientras que para los samaritanos los Cinco Libros de Moisés sólo tienen una pretensión en cuanto al modelo de santidad: es su Biblia. Nunca aceptaron ni a los Profetas ni a los Hagiógrafos. Sólo admiten con seguridad el libro de Josué: éste presenta la versión samaritana de la historia de Israel, comenzando con la conquista de Canaán y siguiendo hasta los primeros siglos de la era cristiana.

De forma similar, y en vista de lo anterior, los samaritanos casi automáticamente ni aceptan ni toleran la ley oral judía, según fue desarrollada en los tiempos postbiblicos y codificada más tarde en la literatura rabínica. No reconocen la Misnah ni el Talmud, ni aluden a la posterior literatura legal judía derivada de estos textos. La vida del samaritano y de su comunidad, al menos en teoría, está basada únicamente en el Pentateuco. En la práctica desarrollaron su propia *Halakah*, esto es, un sistema de exégesis oral que, no obstante, difiere considerablemente del código ritual judío. Esta característica se deja sentir durante

toda la vida, pero llega a ser especialmente notable en la observancia del *Sabbat* y en las fiestas.

La literal adhesión al texto del Pentateuco y el absoluto rechazo de su interpretación legal tal como fue realizada por los rabinos quiere decir, por ejemplo, que los samaritanos nunca desarrollaron algo comparable con las filacterias judías. El mandamiento de poner estas palabras (o admoniciones) 'en tu corazón', 'en tus brazos' y 'entre tus ojos' no lo interpretan como rito específico, sino que es considerado en el sentido de que serían guardadas las leyes de Dios en el corazón de cada cual y se observarían. Pero esta aparente actitud de no dedicarse al culto no quiere decir que la religión samaritana sea antiritual o incluso no ritual: es totalmente diferente. De su insistencia en la estricta adhesión a la exacta literalidad del Pentateuco y del rechazo a la frecuente acomodación a las interpretaciones rabínicas legales resulta una rigidez ritual incomparable con la normativa del judaísmo o de cualquier otra secta.

Una breve descripción de un *Sabbat* celebrado entre los samaritanos ilustrará este aspecto. De acuerdo con el calendario lunar —por el que se computa el año judío— el *Sabbat* samaritano comienza el viernes por la tarde. En la observancia del día de descanso de acuerdo con las costumbres prescritas, un samaritano tendrá por norma regresar a su barrio de Sikem o de Holón el viernes antes de la puesta del sol. El *Sabbat* sólo puede ser santificado en su propio grupo, incluso cuando surge una situación de apuro. Tomando literalmente el mandamiento del Pentateuco de guardar total descanso en el *Sabbat* y no prender fuego, los samaritanos permanecen en sus casas desde la noche del viernes hasta la noche del sábado en casi completa oscuridad. Ningún alimento puede ser cocinado en el *Sabbat* ni es admitida forma alguna para guardar la comida caliente, tal como ha sido instituido en la observancia judía. Un samaritano abandonará su casa durante el *Sabbat* solamente para orar en la *kinsah*.

La sinagoga actual en Sikem es un edificio de reciente construcción. Hasta la época de las Cruzadas la sinagoga samaritana se situaba en cualquier parte de la ciudad. Des-

pués de la conquista por los cruzados, la antigua *kinsah* fue destruida y en su lugar se edificó una iglesia. Por otra parte, cuando los gobernantes islámicos tomaron Sikem en 1167, la iglesia se convirtió en mezquita: aún pueden ser reconstruidas estas vicisitudes de la historia. Actualmente la mezquita tiene claros rasgos de una torre normanda, que había sido una parte de la iglesia de los cruzados. Unida al muro Este del minarete, fue descubierta una tablilla de piedra en la que están grabadas las palabras iniciales de cada uno de los Diez Preceptos en versión samaritana y en escritura hebrea antigua. Por el aspecto triangular alargado de las letras del antiguo hebreo o del fenicio, el *'áyin* se parece notablemente al escudo de un cruzado. La semejanza debe de ser producto de la imaginación de algún albañil cristiano medieval. Mediante un agudo examen se descubre que una cruz ha sido tallada dentro del triángulo, haciendo una perfecta réplica del escudo de los cruzados.

En Holón se reservaba una habitación en una casa particular para que sirviese de sinagoga. Al principio de los años sesenta, y merced a los esfuerzos de un presidente de Israel, Isaac Ben-Zvi, protector de los samaritanos, fue levantado un edificio especial: esta fue la primera sinagoga samaritana construida fuera de Sikem durante, al menos, dos siglos. A mediados del s. XVIII todos los poblados samaritanos, tal como habían existido, por ejemplo, en Damasco y en algunas ciudades de Palestina, habían sido abandonados, y los miembros de estas asambleas se habían dirigido a Sikem para estar cerca del monte santo Gerizim.

La mayor parte del *Sabbat* se pasaba en la sinagoga. El oficio religioso samaritano y la liturgia son bastante diferentes al de la actual sinagoga judía, en especial respecto a los judíos de Occidente. Pero parecen haber conservado pronunciados rasgos del antiguo ritual judío según es descrito en la primitiva literatura rabínica y como es conservado en cierto grado en las comunidades orientales judías. La mayor parte de las oraciones son cantadas, al unísono, por toda la asamblea. Algunas son entonadas a modo de responsorio: un miembro canta un párrafo y la

comunidad responde. La función de quien dirige la oración no está limitada a un determinado cantor especialmente adiestrado, según es costumbre entre los judíos de Occidente, sino que es desempeñada por turno entre los miembros de la comunidad. Las mujeres no participan activamente en el servicio religioso, excepto en ocasiones especiales: entonces se agrupan en la puerta, sin tomar parte activa. Las oraciones, en su mayor parte, se recitan en arameo, intercalando pasajes hebreos del Pentateuco. Son, en lo fundamental, compilaciones creadas por sucesivas generaciones de *paytanim* samaritanos medievales. Mucho se asemejan unas a otras, y de hecho contienen ligeras variantes acerca de unos pocos temas básicos. Incluso una persona que hable hebreo moderno tendría dificultades en seguir las partes de hebreo, ya que la pronunciación samaritana difiere considerablemente de la de los judíos de Oriente y Occidente.

El momento álgido del servicio religioso llega cuando se da lectura a la parte del Pentateuco correspondiente a la semana: la congregación permanece en pie. Aparentemente el pergamino de su Torah se parece a los pergaminos que se utilizan en las comunidades de judíos orientales. El rollo es guardado en un cilindro a modo de receptáculo, del que nunca se le saca. El texto de la Torah está escrito con el antiguo alefato hebreo, que en el judaísmo fue sustituido por la llamada 'escritura cuadrada' durante los últimos siglos de la era a.C. El prototipo de la escritura usada por los samaritanos nos es conocida a partir de las inscripciones del antiguo hebreo, del moabita y del fenicio. De ello también hay testimonio en algunos fragmentos del Pentateuco encontrados en Qumrán. La especial escritura samaritana empleada en su Torah parece representar el grado de desarrollo que el antiguo alefato hebreo había obtenido en tiempo de los Macabeos, esto es, aproximadamente en el s. II a.C. Los samaritanos conceden especial importancia al hecho de haber conservado la antigua escritura hebrea: lo aducen como una prueba de su versión del Pentateuco, que difiere de la de los judíos, es decir, de la masorética, texto que en muchos casos refleja la original dicción de la Torah. La mayoría de las varian-

tes textuales interesan sólo al estudioso, ya que afectan a particularidades de la ortografía o a diferencias en la pronunciación. Pero en algunos casos las variaciones reflejan resultados históricos y religiosos sobre los cuales los samaritanos y la antigua Judea estuvieron divididos. Así, por ejemplo, los Diez Mandamientos, respecto a la forma en que son conocidos tanto por los judíos como por los cristianos, redúcense a nueve en la versión samaritana. El número diez es obtenido introduciendo un mandamiento adicional, formado con pasajes de Deut 11,29 y 27,2-7, en donde se pone de manifiesto la santidad del monte Gerizim: Moisés había ordenado que en esta montaña se erigiera un altar. También es el monte bendito de los samaritanos. Hoy, en efecto, constituye su 'tierra santa', y en muchos sentidos el grupo instalado en Holón puede ser considerado como si viviera en la Diáspora. Es en este monte —según ellos dicen— en donde habría sido construido el Templo, y muy probablemente allí existió un templo samaritano al principio de la época helenista. Recientes excavaciones en la cima del Gerizim han mostrado varios estratos conteniendo lo que parecen haber sido sucesivos santuarios, incluyendo las ruinas de un altar helenístico que presumiblemente reemplazó al templo samaritano que había ocupado el mismo lugar. Fue abandonado por los samaritanos, tal vez antes de la llegada del cristianismo o durante el s. I de esta era. Más tarde santificaron otro lugar en el monte, donde, sin embargo, no queda ningún edificio y es posible que nunca lo hubiera. Este espacio sagrado consta de una pequeña zanja que conduce a un altar de barro sobre el que son ofrecidos los sacrificios de animales. Antes de la Pascua todos los samaritanos se congregan en Sikem y, faltando tres días para celebrar la fiesta, peregrinan a lo alto de la montaña. En tiempos pasados allí acampaban en tiendas, pero ahora han sido construidos albergues en los que habitan durante los días que duran las fiestas.

Es en esta época del año cuando tienen lugar algunos de los acontecimientos más notables de la comunidad. Los samaritanos mantienen que ellos son el único residuo verdadero de las diez tribus de Israel y que son, de hecho, *el* verdadero Israel. En su tradicional explicación del término

'samaritano', éste no se deriva del nombre de la ciudad de Samaria, capital del Reino de Efraim, sino de la raíz hebrea *samar* ('guardar', 'vigilar'), y, en consecuencia, se autotitulan *samrayim*, denotando que son los verdaderos guardianes de la ley divina. Se consideran representantes de la Casa de José y todas las familias, al trazar su linaje, lo hacen proceder de las tribus de Efraim o de Manasés, con la excepción de los sacerdotes y levitas, quienes mantienen derivar de la tribu de Leví. Hasta principios del s. XVII allí se conservó una ininterrumpida cadena de sumos sacerdotes samaritanos, que por tradición eran los directos descendientes de Eleazar, el hijo de Aarón, el sumo sacerdote. La línea finalizó con la muerte del último sumo sacerdote, que no había sido bendecido con un hijo. Fue entonces cuando una de las familias levíticas fue investida con el sumo sacerdocio y ha mantenido esta situación hasta nuestros días.

Los levitas, y particularmente los sacerdotes, realizan las funciones de la dirección espiritual y comunal, que en el judaísmo pasaron al sabio y al rabino. La función de los sacerdotes llega a ser en especial prominente durante la Pascua. En la totalidad de la órbita cultural judeo-cristiana sólo los samaritanos han mantenido el rito del sacrificio. Su detallada ceremonia en el monte Gerizim, en la víspera de la Pascua, debe de reflejar en muchas formas aspectos del rito del sacrificio en el Segundo Templo: el ritual seguido se ciñe estrictamente a las prescripciones expuestas en el Pentateuco. Al principio del mes de Nisán el cabeza de cada familia selecciona para los suyos un cordero, que es cuidado y conservado hasta el día del sacrificio. Al principio de este siglo eran sacrificados siete corderos representando a las cinco unidades patriarcales en las cuales la comunidad samaritana estaba entonces incluida (una de estas familias ahora está casi extinguida). En aquel tiempo el número total era inferior a doscientos. Desde entonces la comunidad se ha más que duplicado, y con este aumento ha surgido una mayor subdivisión de las unidades familiares. Como resultado, este año fueron sacrificados diecinueve corderos, uno por cada una de las diecinueve grandes familias.

El culto de la Pascua se inicia con una amplia serie de oraciones cantadas por los miembros dirigentes de la comunidad, cada uno vestido con una larga y amplia túnica blanca, mientras los sacerdotes preparan los corderos para el sacrificio. Los corderos son llevados a la zanja, que sirve de altar. Poco antes de la puesta del sol, según se ordena en el Pentateuco, el sacerdote elegido para esta misión sacrifica los corderos, saltando de uno a otro con un increíblemente rápido movimiento. Después de haberles matado, es derramada agua hirviendo sobre las reses, las cuales son despojadas de su piel, limpiadas y empaladas en asadores de madera. Mientras tanto, un fuego sin llama se ha encendido en la parte inferior de un profundo hoyo, que sirve a modo de horno de barro y dentro del cual se insertan ahora los asadores. Entonces el hoyo es cubierto con arcilla y se deja secar la carne. Durante este tiempo se recitan nuevas oraciones. Y todos los miembros de la comunidad se dirigen a sus tiendas o casas para cambiar sus blancas ropas por otras completamente diferentes. Ahora aparecen en una larga procesión, llevando pesados zapatos y rudos vestidos, con palos en sus manos y fardos a sus espaldas, preparados a volver a realizar el éxodo desde Egipto. Exactamente a media noche se abre el hoyo: cada familia coge su propio cordero; todos, precipitadamente, toman trozos de carne y los comen con rapidez, y así simbolizan la enorme prisa con la que los niños de Israel habían abandonado Egipto. De acuerdo con la ley del Pentateuco, no se rompe ni un solo hueso del cordero sacrificado; todos los huesos y la carne sobrante son arrojados al altar para que se quemen, ya que ninguna carne ha de permanecer hasta la mañana siguiente. Cumplido esto, la comunidad forma una procesión que da la vuelta al lugar sagrado y a los alrededores, dejando Egipto, tal como sucedió, para iniciar la jornada a la Tierra Prometida. Se sirve un adecuado refrigerio, que más exactamente se asemeja al judío *séder*, la alegre comida en la víspera de la Pascua.

Durante los veinte años de separación entre las ramas jordana e israelí de los samaritanos, el ceremonial de la Pascua fue la única ocasión en la que toda la comunidad estuvo reunida durante un breve espacio de tiempo. Los

samaritanos no se casan fuera de su propia comunidad, y este encuentro llega a ser el momento adecuado para promocionar las parejas: el grupo de Sikem con frecuencia sirve como reserva de mujeres para 'exportar' a los samaritanos de Israel, que no podrían encontrar esposas entre su propio grupo. Los jóvenes podían verse y los padres, siempre consultando al sumo sacerdote, podían discutir las peculiaridades de matrimonio y decidir cuál de los dos seguiría al otro, bien a Israel o a Jordania. Hoy los samaritanos de Holón y de Sikem se reúnen libremente. En pos de este desarrollo, un sentimiento de renacimiento se ha apoderado de muchos de ellos. Nunca dudan en su creencia de que están en el verdadero Israel y que llegará el día en que Dios volverá Su favor hacia ellos: interpretan la reconciliación de la comunidad como un buen presagio.

La nueva situación puede, en efecto, tener un decisivo impacto en la estructura social de la comunidad. En vista de las funciones rituales que fueron confinadas al monte Gerizim ninguno de los sacerdotes se había reunido con los samaritanos instalados en Israel en 1948. Como jefes de la tradición espiritual de la comunidad, también eran responsables de todos los aspectos de la vida comunal: fueron los maestros y a la vez los escribas de los libros sagrados, todos los cuales se copiaron a mano. Las familias que se trasladaron a Holón pronto se dieron cuenta de que estaban privadas de estos oficios. Los libros sagrados que habían llevado consigo rápidamente se desgastaron por el uso. Solicitaron para la sinagoga y para la instrucción de los jóvenes nuevos ejemplares del Pentateuco y de los libros de oración. Pero la comunidad de Holón fue separada de los sacerdotes de Sikem, única fuente de la que podían obtenerse libros sagrados. Quiriendo evitar cualquier conflicto con los sacerdotes, los laicos contuviéronse durante algún tiempo en manifestar la desesperada necesidad de nuevos ejemplares. Pronto se sintió que esta situación podía deteriorar el aspecto educativo de la comunidad. Se requirieron nuevos jefes para ocupar el lugar de los sacerdotes dentro de la comunidad y representarla en el mundo. Bajo esta presión surgió un tipo de líder de la comunidad, que desempeñó su función no como heredero de sus antepasados —co-

mo lo hace el sacerdote—, sino que surgió a través de su importancia personal y la de su familia. En términos sociológicos se podría describir el fenómeno como una pública toma de posesión en la que el líder es aclamado a causa de su personal carisma por el líder investido con el carisma del puesto que desempeña, esto es, el sacerdote.

El numericamente tan reducido grupo de Holón fue poco a poco influenciado por la occidentalizada población israelí. Como resultado, dejó atrás al grupo mayoritario de Sikem en el aspecto intelectual, económico y de organización. Los estudiantes israelíes de enseñanza media, los profesores y los funcionarios del Gobierno superaron a los menos formados clanes de sacerdotes en Sikem. Llegaron a ser, de hecho, rivales y competidores en busca de una supremacía social. De haber continuado este desarrollo hubiera resultado, con el paso del tiempo, una desavenencia social entre los dos grupos. La reconciliación de ambos sectores muestra haber mitigado la tensión y el tiempo ha detenido este proceso de inminente conflicto interno.

Hasta la fecha los samaritanos han tenido éxito en mantener su identidad gracias a su persistente afición a un sistema endogámico de matrimonio, que es practicado dentro de los límites no sólo de la comunidad, sino también de un linaje perteneciente a una amplia familia. La investigación demográfica de Bonné revela una manifiesta preferencia por el primo carnal, como cónyuge, tendencia que parece persistir incluso entre los samaritanos de Israel, donde estudios entre varios grupos étnicos de judíos inmigrantes de países del Este indican una inclinación a evitar la consanguinidad después de haber inmigrado a Israel. Ciertamente, el coeficiente de reproducción dentro de la misma raza calculado por Bonné para la generación de samaritanos nacidos de matrimonios contraídos después de 1933 es el más alto registrado. En verdad, los casos de matrimonios con judíos han sido esporádicos y no de buena gana admitidos. Al principio de los años treinta el número de mujeres samaritanas había descendido alarmantemente de manera que muchos jóvenes no pudieron encontrar esposa. En ese tiempo se denunció que tres mujeres judías estaban casadas con miembros de la comunidad, dos de ori-

gen oriental y una oriunda de Rusia. Ahora, al continuo contacto con la sociedad israelí y reconociendo la grave amenaza planteada a la comunidad por los adversos efectos genéticos de la reproducción dentro de la misma raza —consecuencias que han aparecido en un relativamente alto porcentaje de samaritanos—, se produjo un cambio de actitud. Los jóvenes samaritanos nacidos, criados y educados en Israel están ahora más dispuestos a casarse con chicas judías, a pesar de encontrar alguna oposición dentro de la comunidad. Tales matrimonios entre personas de distinta etnia se han producido durante los últimos años. En todos los casos conocidos hasta la fecha la esposa ha seguido al marido. Según mi leal saber y entender, no hay ningún caso registrado de algún hombre no samaritano que se incorporase a la comunidad mediante el matrimonio o por conversión. Incluso más que en el judaísmo, la religión samaritana está inseparablemente vinculada con el origen étnico. Por definición, haber nacido samaritano implica estar adherido a la religión samaritana. Por el contrario, sólo un samaritano de nacimiento puede ser un buen samaritano por creencia. No hay camino fuera de la comunidad —una vez samaritano, siempre samaritano— y no se reconoce medio alguno para reintegrar al forastero en la comunidad.

La historia de los samaritanos es un largo relato de tristes sucesos. Todo parece indicar que durante los últimos siglos a.C. fueron una vigorosa nación, probablemente más de un millón de miembros. En esa época pudieron mantener su propia identidad frente al judaísmo e incluso intentaron luchar contra los conquistadores romanos. Pero desde entonces su destino ha sido ser constantemente perseguidos. Pelearon y murieron a millares durante las sucesivas luchas contra los judíos, cristianos y musulmanes. Padedieron opresión política, económica y cultural. Las adversas condiciones procedentes del exterior acrecentaron el impacto de su obstinado conservadurismo religioso. En el ámbito de su pensamiento y literatura, durante un milenio y medio, no produjeron nuevas ideas ni formas. Se contentaron a sí mismos elaborando variaciones temáticas que ya habían sido fijadas en la venerable antigüedad. Esta aridez

cultural debilitó su poder para resistir a sus opresores. Necesitaron medios para adaptarse a las nuevas situaciones. Metaforicamente hablando, fueron machacados entre el yunque de una ley ritual petrificada y el martillo de la historia. Hasta cierto punto los samaritanos ilustran lo que podía haber sucedido en el judaismo si no subiesen contado con los primitivos rabinos, los líderes de los fariseos, desarrollando formas y medios de interpretación de la ley bíblica, y si no la hubiesen adecuado al cambio social y a las situaciones históricas. Pero los samaritanos también nos enseñan algo más, una lección bastante tranquilizante: la ininterrumpida existencia en la historia de una minoría samaritana que se mantuvo inmutable en sus propias creencias ante las abrumadoras fuerzas oponentes parece demandar el interés de todos los preocupados, pues hay espacio para las diversas interpretaciones de la común herencia religiosa. Este reducido grupo nos presenta el fenómeno de una unidad social fuertemente tejida, en la que la interacción de los factores étnicos y religiosos, afianzados por un extremadamente fuerte sentido histórico, protege la exclusividad de una minoría que de otro modo habría sido perdida en su medio ambiente. En su pequeño y propio medio este residuo de lo que fue una gran nación parece ejemplificar la viabilidad de una sociedad pluralista.

SHEMARYAHU TALMON